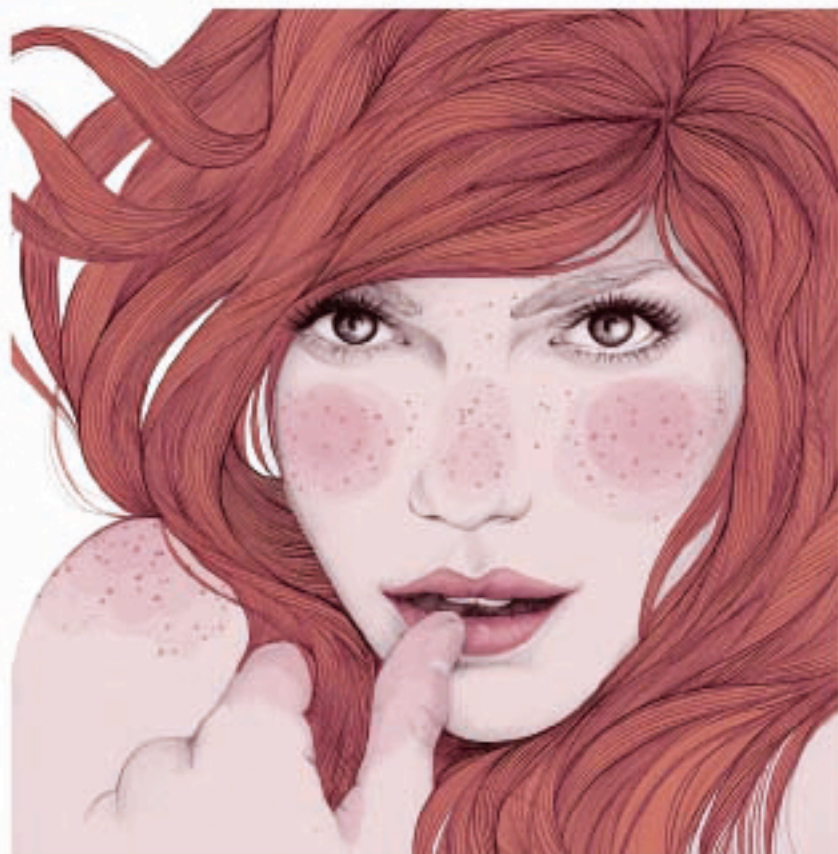


EL SILVIA C. CARPALLO
ORGASMO
DE MI VIDA

10



ENTREPARENTESIS



Entre Paréntesis - 10

EL ORGASMO DE MI VIDA

Un libro de sexo por
y para todo tipo de mujeres

Silvia C. Carpallo

ediciones
Lectio





Primera edición: marzo de 2014

© Silvia C. Carpallo
© de esta edición: Lectio Ediciones

© de la edición:
9 Grupo Editorial
Lectio Ediciones
C/ Muntaner, 200, ático 8ª • 08036 Barcelona
Tel. 977 60 25 91 • 93 363 08 23
lectio@lectio.com • www.lectio.es

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-16012-11-4

DL T 121-2014





ÍNDICE

Prólogo.....	7
Orgasmo 1: El poder (Ana)	9
Orgasmo 2: Liberación (Agnes)	27
Orgasmo 3: Amor (Judith)	43
Orgasmo 4: Deseo (Joanna)	63
Orgasmo 5: Descubrimiento (Aroa)	83
Epílogo: Un regalo para Adela	101





PRÓLOGO

De pequeñas, leíamos historias sobre príncipes azules que venían en un caballo blanco a ofrecernos matrimonio como final feliz. Ahora, de mayores, nos evadimos leyendo historias sobre súper hombres que irrumpen en nuestras vidas: Visa en mano y con unas grandes dotes como amantes para regalarnos “el orgasmo de nuestras vidas”. Los dos no son más que cuentos.

El orgasmo de cada mujer le pertenece a sí misma, pero aún tenemos que aprender que, del mismo modo que no hay una mujer igual a otra, no hay un orgasmo igual que otro. Es imposible resumir en un libro todo lo que las palabras *sexo* y *mujer* suman cuando las juntas, pero como muestra éstas son cinco historias (y una de regalo) sobre cinco mujeres, y los que sí serán los cinco orgasmos que no olvidarán nunca en su vida.

Desde una visión sexológica, y hablando sobre temas como la pareja, el matrimonio, la soltería, la primera vez, los fetiches, o incluso el lado más oscuro del sexo, estos relatos narran en primera persona no sólo cinco éxtasis, sino todos sus preliminares, incluyendo las miserias, los anhelos, los deseos y las más ocultas pasiones.





ORGASMO I: EL PODER (ANA)

Tengo una extraña manía con las cocinas. Cuando estudiaba biología en la universidad, tendía siempre a compararlas con un laboratorio. Cuando me casé, muy joven por cierto, y nuestros escarceos amorosos sucedían siempre mientras cocinaba o lavaba los platos, tendía a verlo como nuestro cuarto de juegos. Hoy, sin embargo, algo ha cambiado, y cada vez que estoy cocinando lo que veo es un cuarto de torturas. Extrañamente, ésta es la idea que más me gusta.

Cojo la madera y pongo las zanahorias sobre ellas. Sin querer, mi mente hace asociaciones algo indebidas, sobre todo cuando las pongo entre mis manos y observo su tamaño, su grosor. No me entretengo más en esta idea y directamente cojo el cuchillo. Grande, afilado. Un corte tras otro las rodajas van cayendo, las corto a mi antojo, unas más grandes, otras más pequeñas, pero con buen pulso. Siempre he tenido buena mano para cocinar, es de las pocas cosas que hago tranquila, confiada. Las zanahorias ya cortadas caen en la ensaladera donde las remuevo con el resto de ingredientes. Suspiro y echo un vistazo a mi alrededor. Hace un día soleado, pese a estar en otoño, y la luz invade toda la cocina, lo cierto es que resulta un lugar acogedor. Me relaja poder cocinar a estas horas y dedicarme a investigar recetas nuevas. Es uno de “esos ratitos para mí” en los que soy yo. Ni la esposa, ni la hija, ni la madre de nadie, yo. Pero siempre duran muy poco...



—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —Ismael me llama desde arriba. Suspiro, me limpio las manos en el delantal y subo las escaleras. Está en su habitación, al fondo del pasillo, sentado sobre la cama, con el pijama puesto y con varios de sus juguetes esparcidos sobre la cama.

—¿Qué pasa ahora, cariño? Mamá está preparando una comida muy rica para luego, ya verás cómo te ayuda a que se te pase el dolor de tripa, y mañana ya estás bueno para ir al cole.

—Es que me aburro, juega conmigo —me mira con esa carita de no haber roto nunca un plato.

Tengo mucho que hacer, pero ni siquiera intento oponer resistencia, siempre me conquista. Es el hombre más seductor que conozco y sólo tiene 6 años. Asiento con la cabeza, resignada, y en seguida me dedica su mejor sonrisa, ésa que siempre resulta tan contagiosa. Miro por la habitación a ver lo que puedo coger para jugar con él y me embarga un sentimiento de melancolía. Aún puede verse la pintura azul y la cenefa con la que con tanta ternura decoré su habitación cuando aún estaba embarazada. Ahora la habitación está llena de aviones, naves espaciales y planetas colgados por doquier. A Ismael le encanta todo lo que tenga que ver con el cielo. Cojo un par de naves espaciales y dedico un rato a simular un despegue, un vuelo aparatoso alrededor de la Tierra y el posterior alunizaje. Miro la hora, es muy tarde, así que le digo que me tengo que ir a terminar la comida. Se enfada conmigo y se mete bajo las mantas con sus naves sin dirigirme la palabra.

Me esmero preparando algo diferente para hoy. A Jorge le han dado una gran noticia en su trabajo, y quiero hacer algo especial para él. Siempre ha sentido que su jefe lo infravalora, que abusa de él y no recibe mucho a cambio, y eso suele tenerle, por norma, algo malhumorado. Pero ayer le dijo que uno de sus proyectos le había encantado y que lo mandaba a Londres a exponerlo al cliente, y es una gran oportunidad, porque es una cuenta muy importante. Cuando me lo contó, estaba eufórico, y su alegría me contagió. Claro que la alegría duró poco cuando supe que iría acompañado por Agnes, su compañera de trabajo y la otra cabeza pensante del proyecto. La típica



ejecutiva agresiva que vive por y para su trabajo, como si no hubiera nada más importante. Por supuesto que es soltera. Sé que no debería preocuparme, pero soy muy insegura respecto a Jorge. Él siempre va un paso por delante, tan atractivo, tan bueno en su trabajo. A veces siento que sigo siendo la niña ingenua que conoció en la universidad y que lo abandonó todo para pasar la vida a su lado. Suena el teléfono, me limpio las manos en el delantal y corro a cogerlo.

—¿Dígame?

—¡Hola, hija! ¿Cómo vas? Te llamo por lo de mañana, no se te habrá olvidado, ¿verdad?

—No, mamá, claro que no, iré a buscarte a las doce en punto. Creo que nos da tiempo de sobra para ir de compras sin prisas, además a esas horas siempre hay menos gente —me sonríe a mí misma por dentro. Desde que mi madre está jubilada no sabe muy bien cómo ocupar su tiempo libre. Mi padre tiene sus actividades, pero ella aún no está del todo ubicada, y al ser hija única, y encima estar en casa, es fácil organizar algo juntas.

—Vale, pero en punto, ¿eh? Que siempre te retrasas, y acabo de los nervios. Tráete también esos libros que te comenté, ¡ah! y llévate el GPS por si después queremos buscar algún sitio donde quedarnos a comer, que si vamos sin nada acabaremos perdidas, que nunca te ubicas.

—Sí, mamá, no te preocupes, lo llevaré todo. ¿Todo bien en casa? ¿Papá, bien?

—Sí, sí, todo bien, te dejo que me suena otra llamada. Un beso, hija, dale otro besito a Ismael.

Cuelga el teléfono antes de que me dé tiempo a despedirme, pero no le doy importancia, siempre es así de impulsiva. Me dispongo a volver a mis tareas cuando el teléfono suena de nuevo, y doy por sentado que a mi madre se le ha olvidado pedirme o recordarme algo más.

—Dime, mamá —contesto antes de preguntar.

—Ana, soy Mónica —sin previo se me corta la respiración y una bola de nervios se instala en la boca de mi estómago—, ¿vas a venir mañana?





12 Silvia C. Carpallo

—No... No puedo, ya lo sabes, no insistas más, por favor.

—Puedes poner una excusa, yo te cubro, poder siempre se puede.

—Por favor, Mónica, no quiero volver a saber nada de este tema. Hagamos como que nunca pasó nada, por favor.

—Si quieres vivir engañándote a ti misma..., yo estaré allí mañana por la noche, y ya he dicho que te cubro, piénsatelo. Vamos hablando, ¿vale? Tengo que dejarte, estoy en el trabajo, un beso.

Mónica también cuelga antes de que pueda decir nada, aunque en esta ocasión ya no me fluyen las palabras. Su llamada, aunque corta, ha bastado para desestabilizarme. He intentado no volver a pensar en lo que pasó, no quiero pensarlo. Y ahora llama y me dice que vuelva a acudir mañana a una de esas citas. Hay una parte de mí que está deseando acudir, pero mi yo racional me para en seco, encierra con llave esa idea y me obliga a sumirme en mis tareas domésticas como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, inconscientemente, mi mente vuelve a transformar la cocina en una enorme sala de torturas, donde casi puedo sentir el olor a cuero nuevo.

* * *

Jorge llega a casa con un humor espléndido, hace tiempo que no le veía así. Entra por la puerta principal al salón, y antes de que le haya dado tiempo a quitarse la gabardina, Ismael ya se le ha tirado encima y le está contando algo sobre un avión. Jorge asiente como si lo estuviera escuchando, pero me mira a mí, con esa mirada cómplice con la que ya no hay nada más que decir. Saca algo de su abrigo, es una bolsa de chucherías para el niño, y yo frunzo un poco el ceño, parece que no se ha enterado de que se ha tenido que quedar en casa porque está malo del estómago. Pero en seguida se me pasa, tiene otra para mí, toda de fresas de gominolas, mis favoritas. No puedo evitar sonreírle, y darle un beso rápido en los labios, pero él me retiene con el brazo en la cintura exigiéndome un “gracias” algo más largo. Mientras él deja el maletín y el abrigo, y el niño le acribilla a preguntas sobre su día, yo voy sirviendo la comida en la mesa,





porque sé que Jorge viene con prisa. Sólo viene a comer porque esta tarde tiene una reunión para ultimar los detalles sobre Londres y le van a dar las tantas en la oficina.

No para de hablar en toda la comida del viaje, yo me limito a asentir y a sonreírle. Está muy contento y eso me hace feliz. Ismael empieza a bostezar cuando todavía está tomándose el yogur, ha pasado una mala noche y apenas ha dormido, así que en cuanto recojo la mesa y meto los platos en el lavavajillas, me lo subo para que se acueste un rato. Estoy metiéndole en la cama cuando veo que Jorge está detrás de mí, mirándonos. Cuando me giro hacía él, vuelve a besarme, pero esta vez introduce la lengua bruscamente en mi boca, y cuando se separa de mí me guiña un ojo. No hace falta que diga nada más, vamos directos a nuestro dormitorio.

No hay tiempo para juegos ni para preliminares, sé que Jorge tiene que volver en breve a la oficina. Me tumba sobre la cama, se desabrocha la camisa y se baja los pantalones y la ropa interior, mientras espera a que yo haga lo propio. Se incorpora sobre mí y mete la cabeza entre mis pechos, me encanta que lo haga. Bajo mi mano a su entrepierna y puedo ver hasta qué punto a él también le excita. Hago un amago por intentar masturbarle para ponérsela mucho más dura, pero él se remueve inquieto, así que paro y me dejo hacer. Él, en cambio, sí me mete dos de sus dedos en mi vagina, y los mueve de dentro hacia fuera para ponerme húmeda. Gime cuando logra su objetivo, y yo me muerdo el labio superior para no gritar. Me encantaría morderle a él, devorarlo, y hacer todo el ruido del mundo, pero sé que no debo. En seguida me sube un poco en la cama, me levanta lo justo las piernas, se echa sobre mí y me penetra. Vuelve a gemir del gusto en la primera embestida. Es esa sensación deliciosa, de cuando hace tiempo que no lo sientes, y de pronto está ahí de nuevo, dentro de ti, llenándote. Yo también gimo. El peso de su cuerpo sobre mí me impide moverme demasiado, así que enlazo las piernas a su espalda para dejar que la penetración sea mucho más profunda. Un poco más, sólo un poco más. Pero Jorge cada vez va más rápido, así que intento jugar un poco, cambiar algo el movimiento para hacer más



presión, más balanceo, pero no me deja. Se impone sobre mí y vuelve a embestirme una y otra vez. Sé que necesita correrse, que necesita echar toda esa presión de la mañana, pero que le cuesta llegar si yo no lo hago. Así que me aferro fuertemente a su cuello con mis brazos, me pongo en tensión y gimo fuertemente en su oído simulando una especie de orgasmo contenido. Él, en seguida, reacciona al estímulo y eyacula violentamente dentro mí. Odio que esa dulce sensación de sentir toda mi vagina llena de su semen caliente, que tanto me excita, sea el final y no el principio. Se desploma sobre mí sin moverse unos minutos, para después incorporarse y darme un beso en la frente.

—Te quiero, te quiero muchísimo —le digo en un susurro al oído.

—Yo también te quiero, Ana.

Seguidamente se levanta y va al baño a asearse para vestirse. Estoy en la cama intentando incorporarme yo también cuando vuelve a sonar el teléfono. Nerviosa lo cojo corriendo, si es Mónica no quiero que hable con Jorge, pero preguntan por él, así que se lo paso por si es del trabajo. Se mete con el inalámbrico en el baño, así que aprovecho para ir vistiéndome y recogiendo la habitación. Oigo que está gritando a alguien. Tarda un rato en salir, y cuando lo hace parece muy malhumorado.

—Mierda, no podía pasar en peor momento —se pone a buscar sus gemelos en la mesilla—. Vas a tener que ir a por mi madre.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —sólo oír hablar de su madre me tensa. Nunca nos hemos llevado demasiado bien.

—Se ha peleado con la mujer que la cuidaba, y la ha echado. No puedo dejarla sola en casa, y yo ahora mismo no puedo hacerme cargo de esto con todo el tema de Londres. Sólo tienes que ir a recogerla a casa, traértela aquí y hacerte cargo de ella hasta que hable con mi hermana y pensemos qué hacer, ¿de acuerdo? ¿Podrás encargarte de esto?

Asiento, un poco pálida, y de nuevo sin mucho que decir. Antes de que tenga tiempo para reaccionar, él me da un beso rápido en los labios, coge su maletín, pasa un momento por la habitación de Ismael y baja las escaleras. Yo voy callada tras él. Su madre es un ser peculiar, por describirlo de alguna manera, aunque cuando nadie me



oye, prefiero describirla como déspota y egoísta. Siempre ha pensado que yo no era suficiente para su hijo, y no se ha cansado de hacerme saber. Pero su hijo la adora, se desvive con ella, y siempre he preferido no discutir. Sé que de tener que hacer elegir a mi marido entre mi suegra o yo, tendría la guerra perdida de antemano. Jorge se despidió de nuevo en la puerta con un beso, aunque ya no tan intenso y cuando sale, me quedo allí mirando como una tonta, mientras él monta en su coche y se va a la oficina. No volveré a verle hasta la noche y yo tendré que resolver esto sola. Suspiro, me armo de valor y preparo la habitación de invitados para dejar a Ismael descansar un poco más, antes de ir a buscar a su abuela.

Voy en el coche un poco nerviosa, no me gusta demasiado conducir, y menos por carretera y con el niño, pero por el espejo retrovisor puedo ver cómo Ismael parece entretenido en su silla con algunos de sus muñecos. Cojo la salida hacia casa de mi suegra. Sigo suspirando. Sin poder evitarlo, y sin que venga a cuento, me viene a la cabeza la llamada de Mónica, la cita de mañana. Juré que no volvería, en realidad nunca tendría que haber pisado aquel lugar. Mónica es la mujer de uno de los amigos de Jorge, y los cuatro siempre nos hemos llevado muy bien, por lo que nosotras tenemos bastante relación. Creía que la conocía bastante pero un día, estando las dos en su casa, descubrí sin querer una parte de su vida que nunca habría imaginado. Y aunque lo normal hubiera sido sentir miedo o rechazo, lo que sentí fue curiosidad, y esa curiosidad fue la que me llevó a tomar decisiones inadecuadas. Pero eso no volverá a pasar, no puede volver a pasar. “Pííí.” Doy un volantazo sobresaltada. No había visto venir a ese coche, miro a Ismael a ver si está bien, y me mira, esta vez, con cara de susto. Ya estoy llegando a casa de mi suegra.

* * *

—Tráeme la bolsa con las medicinas. Pero no las saques de la caja que tú no sabes. Y tráeme agua, pero que no esté muy fría porque luego me duele la garganta.



Mi suegra lleva en nuestra casa desde ayer. Desde que llegó todo han sido órdenes, quejas y reproches, excepto cuando Jorge volvió a casa, que fue el único rato en el que se comportó con educación. Se ha levantado temprano y como Ismael aún no está recuperado del todo, se ha pasado la mañana discutiendo con él por el mando de la televisión. En realidad, no tengo muy claro cuál de los dos es el que tiene 6 años... Preparo la bandeja con la bolsa de las medicinas y un vaso de agua. Suspiro y se las dejo frente a ella en una mesita.

—Éstas no son las pastillas, son las de la bolsa de tela, no las de la bolsa de plástico. Me tendré que levantar yo a por ellas, está claro que si las cosas no las hace una misma...

—No, abuela, no se preocupe que ya se las preparo yo en la cocina y se las traigo —me mira dubitativa, pero se queda sentada esperando.

Vuelvo a meterme en la cocina, y busco la bolsa de tela por todas partes pero no la encuentro. Abro los armarios, miro en los cajones, pero nada. Salgo al pasillo para ver si la he dejado en su habitación, y al subir a la planta de arriba la veo. Ismael la está utilizando como garaje para uno de sus aviones.

—¡Ismael, con eso no se juega! —salgo corriendo y miro que las pastillas no estén abiertas, está todo revuelto, pero no hay nada abierto. Entre mis gritos y mis nervios el niño se asusta, se echa a llorar y se esconde de nuevo bajo las mantas de su cama.

—¡Mamá, mala!

Cojo la bolsa y bajo corriendo. No quiero ni pensar lo que podría haber pasado. Cuando la reviso con más calma, veo que alguna caja se ha volcado y los blísteres están entremezclados. Los estoy intentando colocar cuando oigo a mi suegra gritando desde el salón:

—¿Las traes o al final tengo que ir yo?

Ya un poco de los nervios, se las llevo tal y como están, con su vaso de agua y me meto en la cocina sin mediar palabra para seguir con lo mío. No han pasado ni diez minutos cuando la oigo gritar de nuevo.

—¡Maldita sea!



Me acerco complaciente e intentando aparentar calma.

—¿Qué pasa ahora, abuela?

—¡Que, qué pasa! ¡Que me he tomado las pastillas que no eran! Está todo mezclado, lo has hecho aposta, ¿verdad?

—¿Cómo puede decir eso? Los blísteres se cayeron, pero yo pensé que usted sabía diferenciar cuáles eran.

—¡Yo pensaba, yo pensaba! ¡Podrías haberme matado!

—Lo siento, estaré más atenta. ¿Cuáles se han mezclado? ¿Hay algo que pueda hacer?

—Para tu disgusto ninguna que me vaya a dejar en el sitio. Pero esto no va a quedar así. Eres una inútil, siempre lo he dicho, ¡y mira lo que ha pasado! Mira que dejarme a tu cuidado, no pienso aguantar esto ni un minuto más.

Se levanta demasiado enérgica para su edad, y antes de que yo pueda reaccionar o articular palabra coge el teléfono inalámbrico y se encierra en el baño. Ya sé de dónde aprendió esa manía su hijo. Intento hacer como si nada y seguir a lo mío, pero estoy nerviosa, puedo adivinar con quién está hablando, y sé que esa llamada me traerá consecuencias. Cuando sale, sin mirarme, se va directa al cuarto de invitados. Sigilosa miro lo que está haciendo, veo que vuelve a guardar sus cosas en su maleta.

* * *

Jorge está como loco, no para de ir un lado a otro de la casa. No sé qué hacer, no sé dónde meterme. Sé que he metido la pata, pero no creo que haya que ir tan al límite. Ha cancelado su viaje a Londres, su madre le ha dicho que quiere irse a Murcia a casa de su otra hija, y que no quiere pasar ni un minuto más en esta casa conmigo. Jorge salía mañana de viaje, pero en vez de eso se va ahora para Murcia y volverá mañana por la tarde, cuando haya arreglado todo con su hermana. Me siento increíblemente mal, apenas me mira, sólo recoge cosas de un lado para otro para cargarlas en el coche. Su madre está abajo en el salón, con su maleta, esperándole. Intento acercarme a



Jorge por la espalda, lo cojo suavemente del hombro para que se dé la vuelta y tenerlo enfrente.

—Cariño, de verdad, lo siento —intento tranquilizarlo.

—Ana, ya conoces a mi madre, podrías haber tenido dos dedos de frente.

—Es que Ismael cogió la bolsa y...

—¡Ésa es otra! ¿Y si el niño hubiera cogido alguna pastilla? ¿En qué coño estabas pensando?

—Ya me siento suficientemente culpable yo sola.

—Joder, Ana, que sólo te pedí que te encargaras de esto un par de días. ¿Es que cuidar de una anciana y un niño es demasiado para ti?

—Lo sé, lo siento, ¡lo siento! —dudo un momento antes de continuar la frase—, ha sido sólo un error, pero no por eso tienes que cancelarlo todo. Tú tienes que irte de viaje, y ella tiene que quedarse aquí, es lo que hay, no entiendo que vayas a cancelarlo todo por un arrebato suyo...

—¡Es mi madre! ¿Y qué, la dejo aquí, contigo? Está más que claro que no eres capaz de hacerte con ella, por una cosa que te pido... ¡Dios! ¡Tengo a mi jefe todo el día tocándome las pelotas, siempre tengo que tragar, y sólo pido que cuando llegue a casa tú hayas podido apañártelas bien aquí sola! Ésta era mi puñetera oportunidad, ¡mi oportunidad!

—No he hecho nada malo, yo sólo... —estoy a punto de echarme a llorar, y ya no pienso con claridad, lo que me ha dicho me ha dolido, y ya hablo sin pensar—. Puede que yo haya cometido un error, pero no tendrías que irte si te impusieras un poco con ella —Jorge me mira, está casi rojo de ira. En seguida me arrepiento de haber hablado antes de medir las consecuencias.

—El verdadero problema, Ana, está en que eres tú la que no impones a nadie —coge sus bolsas y se da la vuelta—. Volveré mañana, para cualquier cosa llámame al móvil.

De nuevo veo desde la puerta de casa cómo se monta con su madre en el coche y se van. Tengo ganas de echarme a llorar, meterme en la cama, hacerme una bola y olvidarme del mundo que hay más



allá de mi habitación. Pero entonces recuerdo algo, y cambio de idea. Cojo el teléfono y marco el teléfono de Mónica, la cita de esta noche sigue en pie. Llamo a mi padre, le digo que me encuentro un poco mal después de la discusión con Jorge y que si pueden hacerse cargo del niño esta noche, sé que si llamo a mi madre me dirá que sí pero me costará más, con mi padre la respuesta es un sí inmediato, sin dar más explicaciones.

* * *

El coche va demasiado rápido, observo el exterior por mi ventanilla y apenas me da tiempo a ver pasar los edificios, todo se convierte en una sucesión de luces difusas. Siento una extraña sensación en el estómago, entre vértigo, mareo y excitación. He dejado de pensar y simplemente me dejo llevar. Sé que Jorge volverá, que estará enfadado unos días, pero que al final esto quedará en nada. Los baches siempre se saltan, y la rutina vuelve a instalarse, siempre es así. Eso es lo que realmente temo, volver a la misma rutina, pero intento no pensarlo, no puedo pensar en eso ahora. Miro ahora por el parabrisas y me fijo simplemente en el asfalto, que parece infinito, prometedor. Siento cómo una parte de mí se queda atrás para dejar que otra continúe hacia delante. Mónica entra en la autopista, mete la quinta marcha, me sonrío y comienza a hablar.

—Me alegro de que al final te hayas decidido. Pero antes de nada, hay algunas cosas que repasar. Una no puede participar en una sesión de BDSM así como así, hay ciertas cosas que hay que tener muy claras, unas normas —habla del mundo del sado con total naturalidad, haciendo que en realidad todo parezca así de fácil—. Ser sumiso es sencillo, pero ser ama es algo muy diferente. El ama es quien piensa, quien controla, quien pone los límites.

Mientras observo cómo adelanta un coche tras otro, recuerdo lo poco que Mónica me contó sobre sus inicios. Aprendió a convertirse en ama en una escuela regentada por una dómina profesional en Barcelona. Su marido es su sumiso, pero evidentemente nadie



de su entorno sabe nada sobre esa parte de sus vidas. Su relación era inicialmente “vainilla”, que es como la gente del círculo denomina al sexo “normal”, pero finalmente descubrieron juntos esa necesidad por algo más. El día que descubrí por equivocación su “armario de los secretos” me confesó toda su historia. Mucha veces me he planteado por qué se atrevió a contármelo precisamente a mí. Actualmente, según me dijo, mantienen lo que se llama una relación 24/7, es decir, su marido es el sumiso de Mónica las 24 horas los 7 días de la semana. Además de ser el ama de su marido, Mónica tiene sus propios esclavos, unos son fijos; otros, eventuales, y a éstos les cobra por sus sesiones de BDSM.

—Hay gente de todo un poco, ya sabes. Unos son habituales como yo y otros no iniciados, como tú. Algunos compaginan esta parte de su vida con el resto de una forma más o menos equilibrada, y otros sólo buscan de vez en cuando una vía de escape, sobre todo los sumisos. Puedes imaginártelos, altos ejecutivos, gente que está bajo mucha presión en su día a día, acostumbrados a mandar, y deseando que acabe la jornada para recibir unos buenos azotes... —me mira con un gesto cómplice. Sabe que ése no es exactamente mi perfil, pero que desde luego puedo entenderlos.

Cuando entramos en el local, aún es una hora temprana y no hay mucha gente. En la sala de abajo todo el mundo parece estar tomando unas copas amigablemente. Las sesiones se realizan en la planta de arriba. Allí todo cambia. Mónica mira su reloj y como su cita con el sumiso no es hasta dentro de media hora, me insta a sentarme un rato para tomar algo. Le pido que me traiga un gintónico. Cuando Mónica se acerca a la barra todo el mundo la saluda. La respetan, la admiran, casi diría que incluso la idolatran. En su vida rutinaria es una mujer segura, pero en cuanto entra aquí es algo más, podría decirse que literalmente se come el mundo. La envidio.

No puedo evitar recordar la primera vez que entré en este local. El día que Mónica me contó todo, algo hizo clic dentro de mí. Quería saber más, me intrigaba mucho cómo se sentía ella dominando, cómo se sentían sus esclavos siendo fustigados, y por qué ambos hacían tales



cosas. Mónica se ofreció a mostrármelo aquella misma noche. Si hubiera pasado un día entre el descubrimiento y esa cita, seguramente lo habría pensado en frío y no hubiera ido, pero no tuve tiempo de pensar. En aquella ocasión sólo me senté a mirar, y fue suficiente para salir corriendo de allí en cuanto Mónica terminó. No pude soportarlo, me invadió un miedo terrible, estaba realmente horrorizada. Pero no por nada de lo que vi, sino por el hecho de que esa apenas media hora había sido la más excitante de toda mi vida. Tuve miedo de mí misma, así que decidí olvidar lo sucedido, enterrarlo en lo más profundo de mí y no volver a saber nada al respecto. Y aquí estoy de nuevo. Mónica vuelve con nuestras copas y se sienta a mi lado.

—Quiero que esta vez participes, si te ves con ganas.

—¿Crees que estoy preparada?

—Querida, creo que llevas toda una vida preparándote para esto... —me quedo callada, pensando por un momento sus palabras—. Sólo te falta aprender un poco lo esencial, yo podría enseñártelo, ser tu tutora. Piénsatelo, si quieres —seguidamente deja la copa sobre la mesa, se levanta y me hace un gesto para que la siga escaleras arriba.

La sigo sin añadir nada al respecto. Mi tutora. Convertirme en ama. Suena demasiado grande, demasiado complicado. No puedo pensar en eso, sólo sé que esta noche necesito estar aquí, que necesito hacer esto más de lo que he necesitado nunca nada.

Entramos en un cuarto separado en dos salas por un biombo. En un lado está una especie de vestidor con un cuarto de baño, en el otro, un lugar abierto para todo tipo de fantasías. Mónica entra en el vestidor y me cede un conjunto de cuero negro. Todo tiene que ser perfecto para la actuación. Aún estoy intentando colocármelo cuando veo que me tiende algo más.

—Vas a tener que ponerte esto —me giro y veo que sostiene sobre un hilo dos pequeñas bolas idénticas de metal, unas bolas chinas—. Si vas a entrar aquí bajo mi responsabilidad, también tienes que seguir mis normas. Quiero que sientas verdadero placer mientras estés dentro.

